

DELMIRA

Milton Schinca

PALABRAS DEL AUTOR.

Delmira fue compuesta en abril de 1973. Casi enseguida un director de indudable prestigio me la pidió para representarla, pero con una condición: que refundiera en una sola a las dos Delmiras que comparten en mi texto la acción; por entender –me dijo- que la interpretación del personaje protagónico por dos actrices a la vez, crearía confusión en el espectador y lo distanciaría.

Es posible que sea así, pero no acepté entonces, y no aceptaría hoy, esa condición, aún al precio de comprometer la viabilidad futura de mi obra.

Es que no se trató de una extravagancia o de un capricho de autor, buscando a cualquier precio la originalidad. Al contrario, me pareció que ese recurso era ineludible para transmitir al espectador la concepción que yo sustento de la muy extraña modalidad psicológica de Delmira.

Porque Delmira no es a mi juicio un caso de mero desdoblamiento enfermizo de la personalidad, como tantos que se conocen. Lo de ella habría que calificarlo más bien de bipolaridad existencial, algo muy diferente.

Creo que Delmira vivió como desgarrada en torno a dos núcleos vitales escindidos; pero con la aclaración, además, de que no me parece lícito adjudicarle a cada uno de

ellos un contenido determinado, contrapuesto al otro (por ejemplo, que uno simbolizara el espíritu y el otro la carne; o uno el yo instintivo y el otro el Yo convencional, etc.) Nada de eso. Pienso que eran dos polos separados pero intercambiables, sin significación simbólica específica. Por eso mismo, en mi obra las dos Delmiras se entrecruzan, se sustituyen, dialogan por separado, etc.

No sé, en definitiva, cuál será el resultado de este mecanismo. Las versiones y pasajes escénicos que he visto hasta ahora me llevan a pensar que el recurso es válido. De todos modos, en el momento de escribir esta obra, sentí que Delmira misma, su insólita modalidad psicológica, no me dejaban otra opción.

M. S.

Debe aclararse que los personajes hablan en lo que sería un lenguaje que el montevideano incorporó a su habitualidad a partir del siglo XX o finales del XIX, y que se traduce en algunas formas de conjugación verbal o en el empleo de algunos pocos modismos, peculiaridades ambas que en ningún momento llegan a dificultar el entendimiento de lo que se dice.

* * *

El escenario estará dividido en dos sectores, sin vinculación realista entre sí, y que van a jugar con independencia uno del otro; unas veces alternativamente, otras veces en forma simultánea, o en contrapunto, etc.

Uno de esos sectores representa una habitación pequeña y encerrada. Una cama, alguna silla. Desaliño, vetustez. El otro sector podrá incluir sofá y sillones, una mesita, cuadros de ingenuo estilo realista, etc., denotando el gusto pequeño burgués de comienzos del siglo XX. Al primer sector se le denominará "habitación"; al segundo, "sala".

(Al iniciarse la acción, está iluminado únicamente el sector "habitación". Se ve a Enrique clavando pacientemente retratos de Delmira en la pared descolorida. La cantidad de retratos resulta francamente obsesiva. Enrique procede con pausa un poco exasperante, sin ninguna emoción visible).

(En el costado contrario del escenario, se enciende una luz en primer plano, donde aparece Delmira I, de pie, sombría, atormentada. Hablará en dirección a Enrique, pero será notorio que se encuentran en dos ámbitos de realidad sin conexión alguna entre sí).

DELMIRA I. — Esa devoción tuya, casi ovejuna... ¡De nada va a servirte!... ¡Yo, convertida en tu diocesita de entrecasa!... Una Delmira de tarjeta postal... o poco menos... ¿Así me viste, entonces?... Muchas veces sentí que me llevabas hasta los umbrales de la carne, pero allí un paso atrás, ¡cosa de no empaparse en el estanque más sabio que traemos!... Es la peor de las inexistencias. Y eso fue lo que me diste. (*Observándolo*). Si basta mirarte... Tú, Enrique mío, ex-esposo, máquina de pinchar retratos de esta tu Delmira: hemos naufragado. ¿Por qué no lo aceptás?

(*Enrique interrumpe su tarea, totalmente ajeno a lo que acaba de decir Delmira. Va hasta una mesita próxima y extrae un envoltorio cubierto por un pañuelo. Abre el pañuelo, saca un revólver reluciente. Lo examina atentamente, en alto. Lo abre, verifica las balas en el tambor, vuelve a cerrarlo. Suenan unos golpecitos en la puerta. Enrique, excitado, guarda rápido el envoltorio y se precipita hacia la puerta, descorre febrilmente la llave y abre. Aparece en el umbral Delmira II, vestida de calle, con tapado y sombrero. No se dicen nada. Delmira II entra. Enrique cierra la puerta con dos vueltas de llave*).

DELMIRA II. — ¿Dos vueltas?... Siempre bastaba una.

ENRIQUE. — Creí que no vendrías, Delmira.

DELMIRA II. — ¿Falté alguna vez? Aquí estoy: serena, decidida.

(*En medio de un silencio muy cargado, Enrique ayuda a Delmira II a quitarse el abrigo y el*

sombrero, que colocará sobre una silla. Las dos Delmiras quedarán vestidas iguales).

DELMIRA II. — ¿Hay gente en la casa?

ENRIQUE. — ¿Qué importa?: aquí ya conocen tus visitas. Hoy les parecerá un día como cualquier otro.

DELMIRA II. — Me torcí un pie antes de llegar. Resbalé en el empedrado.

ENRIQUE. — A mí tampoco me fue fácil. Dejé plantado a un cliente, y no se me ocurrió ninguna explicación más o menos creíble, Todos me miraron de reojo.

(Delmira II va hasta un espejo y se pone a retocarse el peinado).

ENRIQUE. — Llevamos nueve meses de separación; treinta y un días de nuestro divorcio. Te miro, y parece que te estuvieras descarnando. Como si te quitaras una capa, luego otra, otra. . . . *(Le señala la cama)*. Podés sentarte. Tenemos tiempo.

(Quedan inmóviles, pero naturales; no rígidos tipo maniquí. En el sector "sala", Delmira I está sentada frente a un caballete, pintando. Aparece por detrás el Padre, quien queda contemplando el lienzo).

PADRE. — Progresás, Delmira. Todo lo que te proponés, lo hacés bien. *(Delmira I sonríe vagamente)*. Nena, nos están esperando las palomas en la Plaza Cagancha. ¿Cuántos años hace que vamos cada día a darles de comer?... La tarde está dorada.

DELMIRA I. — Voy, papá. *(Guarda en silencio pinceles y pinturas. Esquiva)*. Papá... ese señor que ayer me presentaron... *(Se interrumpe)*.

PADRE. — Sí, ya sé de quién hablás. Una familia de Florida. Un hombre de trabajo, muy estimado. Y de trato agradable ¿no te pareció a ti...?

DELMIRA I. — *(Vagamente)*. Me pidió para volver a verme. *(Pausa)*.

PADRE. — *(Reservado)*. No faltará oportunidad. Lo hablaremos con tu madre, que en estas cosas es más sabia que yo. *(Le hace un ademán cariñoso y sale)*.

DELMIRA I. — *(Absorta)*. Enrique, se llama... Habló de cosas simples, pero no sé por qué... Rematador, me dijo. Un oficio que habla de lobreguez, pero por debajo de esa trama que debe oprimirlo, yo creí leer...

(Delmira I parecerá pensativa mientras guarda los elementos de pintar. Se irá apagando la luz de este sector. En el sector "habitación", Enrique y Delmira II retoman la acción interrumpida).

ENRIQUE. — *(Señalándole la cama)*. Podés sentarte. Tenemos tiempo.

(Delmira II se dirige hacia la cama, pero al pasar junto a Reyes, éste la retiene, la besa largamente en la boca. Delmira II se deja hacer, sin emoción. Luego se aparta).

DELMIRA II. — Tendrás que perdonarme, Enrique, hoy. No resisto el menor roce... Sí, ya sé, fui yo quien pidió esta entrevista. Estaba reseándome. Pero hoy amanecí... no sé cómo. Parezco a punto de desprenderme en hilachas.

ENRIQUE. — Me hace mal este simulacro. Estoy pensando en marcharme de aquí. Radicarme en Buenos Aires. ¿Qué pensás tú? *(Delmira II, callada, va a sentarse en la cama. Reyes, algo alterado:)* Pregunto si tú te vendrías conmigo! *(Silencio)*.

DELMIRA II. — *(Con voz débil)*. ¿Sabés, Enrique?: he descubierto que en mí, vivir es anormal. Sólo respiro en una soledad metálica, sin ventanas, sin lenguaje. Respetame, por Dios, esta enfermedad. *(Lo mira largamente)*. ¿Por qué me sacaste de golpe tu boca? Era un beso sombrío, un aletazo. No lo pierdas.

(Le ofrece la boca. Enrique duda. Luego va hasta ella, se reclina, la besa sin abrazarla. Se aparta. Da unos pasos).

ENRIQUE. — Tus retratos, aquí, componen un acto de magia. A fuerza de convocarte, una noche, quizás, te pongas a crecer en algún rincón oscuro, como una planta que vuelve.

DELMIRA II. — Tus besos son un bello alimento.

ENRIQUE. — ¿De qué valieron? Lo mismo cada cual quedó aparte. Tenés el poder de volver solitario todo acto...

DELMIRA II. — *(Luego de una pausa)*. Algo de eso me dijo mamá hace un rato, cuando salí de casa. "Vas al Centro —me dijo—, el invierno se arremolinará en tus faldas, no te dejará caminar"... Sé que lo dijo pensando en la muerte. Mi casa, desde hoy de mañana, estuvo poblada de anuncios, de agoreñas. La muñeca se inclinó en su vitrina; el gato llegó con una oreja sangrando.

(Se ha encendido el sector "sala". Aparece la Madre; tensa, como alerta, cargada de dramatismo).

DELMIRA II. — "Mi abrigo, mamá", le dije en el momento de salir. Y su cara se volvió la cara que tuvo para mí en la niñez, a la hora de darme la clase de aritmética, a la hora de pedirme que tocara Schumann después de cenar... *(Aparece el Padre en igual actitud que la Madre)*. Y papá caminó unos pasos leves hacia mí, sin decirme palabra... pero allí estaba aquél, el jovencito anciano padre mío niñito muñequito conejito mío papá, el que copiaba mis poemas, el que me llevaba al Parque Urbano del brazo, tan lleno de orgullo... Me besó la mejilla una vez, no dijo una palabra, pero sus ojos, eso sí sus ojos, eso sí su mano apretándome el brazo como una despedida... *(Pausa triste)*.

ENRIQUE. — *(Con voz sorda)*. ¡Cinco años de noviazgo y no lo advertí! Cómo no me di cuenta que tú, Delmira, mi Delmira adorada, estás desconectada de todas las cosas...; que sos tu propia muñeca, ésa que todavía hoy, de mayor, guardás en una vitrina, fija, inmovilizada.

DELMIRA II. — Pero cuidado, Enrique: debajo de la porcelana, no está la muerte, no. Sus ojos parecen de vidrio, pero laten.

(En el sector "sala" la Madre le habla al Padre con dureza).

MADRE. — Quiero que estés presente cuando se lo diga. No me importa que te quedes callado. Pero tu presencia, para Delmira significa cosas. *(Hacia afuera con gran autoridad)*. ¡Delmira!

Un momento de espera. El Padre da vueltas, incómodo, sin saber bien qué hacer. Por fin entra Delmira I, tímidamente).

DELMIRA I. — *(Con gran sumisión)*. Sí, mamá.

MADRE. — Tu padre y yo queremos hablarte. *(Delmira I se sienta)*. Anoche ese señor de Florida habló con tu padre. Pretende visitarte. Quiero conocer tu opinión. Y que tú puedas conocer la mía. Yo no he podido dudar ni un minuto: ese hombre, se ve que no es de tu raza. No es saludable que entre en esta casa. Tu padre opina igual.

(La Madre mira directamente al Padre, que no habla ni se mueve).

MADRE. — *(Con gran autoridad)*. Bien. Gracias, Delmira. Descontaba tu concordancia con nosotros.

(Salen el Padre y la Madre. Delmira I queda golpeada. Da unos pasos, dolorida, abatida. De repente se pone a hablar como nenita).

DELMIRA I. — Yo no sabré vivir sin Eriquito. La Nena lo tere muto. La Nena va a quedar morida.

(En el sector "habitación", Delmira II está absorta; Enrique la observa de cerca).

ENRIQUE. — Estás pensando en tu madre, en tu bendita madre... ¿Qué dice ella? ¡La gran triunfadora de nuestro naufragio!

DELMIRA II. — Nada dice. Desde que me separé de ti, no ha vuelto a acercarse a mis cosas.

ENRIQUE. — Debe sentirme colgado del techo de su dormitorio, como un bulto que se bambolea de aquí para allá. "Pagando su precio", dirá ella, O si no: "¿Te acordás que te lo previne, Delmira?: ese hombre no podía hacer feliz a mi creadora de versos"... Pero tú debiste enfrentarla con tu más bella energía, y gritarle. ..

DELMIRA I. — *(Desde el sector "sala", sin moverse)*. "Voy a escandalizarte, mamá: mi poesía no es mi apuesta. Mi apuesta está más abajo aún. Y allí, en ese terreno, puedo establecerme con Enrique, su mano junto a mi mano".

ENRIQUE. — *(Apartándose de Delmira II con enojo)*. ¡Pero no dijiste nada! Tu madre te dio la orden: "ese hombre no" y tú acataste.

DELMIRA I. — *(Sin mirarlo, desde el sector "sala")*. Desde niña fui su cepillo, su costurero, menos que eso. ¿Se rebela un cepillo, un costurero...? *(Enrique hace un gesto de desagrado)*.

DELMIRA II. — *(Habla para sí)*. Enrique es mi retrato de algún modo. El único retrato que no está clavado en la pared. Es mi cáscara, mis escamas, mi armazón, mi hueserío. A no engañarnos.

ENRIQUE. — *(Severo, a Delmira II)*. De modo que hoy exijo tu respuesta final, Delmira. No podemos prolongar este juego desgarrador.

DELMIRA II. — *(Suave)*. No, no podemos. *(Pausa. Luego Delmira II va junto a Reyes, se estrecha a él con ternura, se abrazan con suavidad, con afecto hondo)*.

(En el sector "sala" aparece André, hombre joven, de vestir exageradamente atildado, de rasgos feminoideos. Se sienta, borda con gran esmero; pero no debe provocar risa en ningún momento. Va hacia él Delmira I. Mientras transcurra la escena entre Delmira I y André, se verá a Reyes y Delmira II abrazados, hablándose con afecto).

DELMIRA I. — Si debo ponerme contra mamá, lo haré, no tengas dudas.

ANDRÉ. — *(En francés)*. Oui, Delmira.

DELMIRA I. — Siempre he sido poco menos que un objeto para ella; su cepillo, su costurero. Y me he dejado modelar hasta en los mínimos toques. Por fuera. Pero aquí se trata de mis sentimientos.

ANDRÉ (I DEM). — Bien sur.

DELMIRA I. — ¿No me reconocés, verdad? Tampoco yo. Nunca fui rebelde, nunca belicosa. Pero que no vaya a venir Mamá ahora. ¡No encontraría, no, a la Nena!... ¿Y tú? Te noto reservado, reticente. *(André calla sin dejar de bordar)*. No te entiendo. Siempre me has predicado la libertad; "¡no trampearse uno mismo!" decías.

ANDRÉ. — Claro: nuestro fuero hondo no es negociable.

DELMIRA I. — Te refugiás en una frase. Tú, mi mejor amigo. Siempre bendigo el día que llegué al taller de Domingo Laporte a aprender pintura, y allí estabas tú.

ANDRÉ. — Yo también lo bendigo.

DELMIRA I. — Entonces no desertes ahora. Siento que Enrique me es indispensable. No me dejes sola.

ANDRÉ. — No te dejaré.

DELMIRA I. — ¿Debo imponer mi decisión, entonces...?

ANDRÉ. — Por supuesto. (*Luego de una pausa*). Sigo recibiendo plácemes por tu segundo libro. Todos te saludan como a la gran figura que surge. Debés sentirte soberanamente feliz.

DELMIRA I. — Me siento soberanamente náufrega. No des más rodeos; habla directo.

ANDRÉ. — Salgo para París muy pronto. Mi padre va allá por negocios. Un mes, dos, tres. Te traeré los últimos libros de poesía. En cuanto a mí... volver a la casa donde nací será un bálsamo. ..

DELMIRA I. — ¿Qué le reprochás? ¿Que no es culto, un refinado? No, no es. Pero para eso te tengo a ti; tengo a tantos literatos que ya vienen a verme. El, en cambio, ha atrapado una vena muy secreta de mí, a tientas, a instinto, como un animal subterráneo; sin ojos pero certero.

ANDRÉ. — Je comprends, Delmira. (*Pausa. Contempla su labor*). ¿Sabes?... quiero estampar un temblor en el bordado. Que la trama me quede sólida... pero etérea. (*Sonríe*). Como si dijera: negro. .. pero blanco.

DELMIRA I. — Parece una buena divisa para vivir: "negro... pero blanco".

ANDRÉ. — (*Mirándola fijo*). Somos negro, pero blanco.

(*Lentamente se apaga la luz del sector "sala". En el otro sector, Enrique y Delmira II interrumpen su abrazo y se apartan un poco abruptamente*).

ENRIQUE. — Quiero que hables claro: ¿qué es esa visita que estás recibiendo en tu balcón? . . Aunque lo mismo me seguís escribiendo cartas, a mí, tu exmarido, donde me decís: "Corro a verte, Enrique mío. Para estar separados, más vale terminar juntos"...

DELMIRA II. — Me hiera ese espionaje tuyo. Me denigra.

ENRIQUE. — Quiero entender esto, Delmira. Hablás de mi vulgaridad, pero no dejás de buscarme. No querés que sigamos siendo marido y mujer, pero te mantenés ligada a mí, pero buscás a otros.

DELMIRA II. — (*Apartándose*). Vivo entre zonas difusas. ¡No tengo un mapa para orientarme dentro de mí! ¡No soy geométrica!

ENRIQUE. — ¿Hay otro hombre que me sustituya?

DELMIRA II. — Hay dos, tres, ninguno... Me carteo con uno que vive en la Argentina y a quien jamás vi. Nos amamos locamente a través de las palabras. Converso con uno que llega hasta mi balcón. Lo amo también con delirio. Pero a lo mejor no sé amar, no quiero amar, y todo esto es farsa. O si no, amo de un modo tan torrencial, que me largo a invadir el mundo como un gran río, y ningún hombre aislado es formato bastante para contenerme. En cualquiera de los dos casos, soy un monstruo; ¿estás contento?

ENRIQUE. — No madurarás nunca, Delmira, aprendiz en amor.

DELMIRA II. — Linda expresión: aprendiz. Pero no sólo en amor: también en vivir, en entender el mundo, en ser la esposa de Enrique, la divorciada de Enrique, la víctima atroz de Enrique... Una aprendiz de todas las cosas, y que no aprenderá nunca.

ENRIQUE. — Hasta que un día, esa maquinaria infantil que llevás adentro, tendrá que pararse en seco, y tú bajarte de apuro, y dejar que siga corriendo sola hasta estrellarse contra un muro, pero sin ti encima. ¡Tenés que salvarte; Delmira!

DELMIRA II. — Salvarme... No sé qué pensás hacer conmigo hoy; pero creo que harás lo que yo,

en el fondo, te he mandado que hagas, y que así me salvarás. Únicamente tú.

(Quedan mirándose. Se enciende el sector "sala". Delmira I está de pie, junto a su Padre sentado, escribiendo).

DELMIRA I. — No me abandones tú también, papá. Me estás copiando el poema que escribí anoche; como lo hacés desde que yo era una niña y me llamabas "poetita precoz". Tu letra no ha cambiado; tu mechón que te cae, el giro de tu mano escribiendo. .. Ahora soy famosa, pero me has rogado que te permita conservar ese oficio: rescatar mis poemas no bien salen, apresarlos con tu caligrafía emocionada. .. Papá adorado, papá devoto, no me abandones tú también.

PADRE. — *(Contemplando el papel)*. ¿Qué mirabas, hija, cuando escribiste este poema? Me asustás. Soy un hombre simple; pero hace tiempo advertí que llevás como un pájaro que aletea de golpe y remueve en ti aguas muy extrañas.

DELMIRA II. — *(Al padre, desde el sector "habitación")*. Es así, papá. Nunca sé si ese pájaro habla de muerte o de vida.

PADRE. — *(Poniéndose de pie y dirigiéndose a Delmira I)*. Sé lo que esperás de mí, Delmira. Pero no puedo hacer nada. Tu madre se ha convertido en un animal herido, acorralado. No soporta tu determinación de casarte con ese hombre.

(Desde ahora, se verá atravesar la escena, por el fondo, a la Madre. Está desaliñada, sombría, belicosa. Aparece, mira, se esfuma en la penumbra, viene, va).

DELMIRA II. — *(Al Padre, desde el sector "habitación")*. Pues caminaré sola. Sin mamá. Hasta sin ti, si fuera necesario.

PADRE. — *(A Delmira I)*. Me lastima oírte eso, Delmira. No estoy habituado a que me hables en semejante lenguaje.

DELMIRA II. — *(Desde "habitación")*. Siempre había tenido la comprensión de ustedes. Es la primera vez que me dejan sola.

PADRE. — *(A Delmira I)*. La vida puede ser demoledora, Nena. Tengo miedo.

DELMIRA I. — Yo tengo claridad. Sé cuál es mi camino. ¡Voy a casarme con Enrique!

(En el sector "habitación", Enrique le habla a Delmira II).

ENRIQUE. — Hace nueve meses que estamos separados, pero tú no has faltado ni una sola semana a esta habitación. No te engañes: estás acordonada a mí. Hasta la muerte, si es preciso.

(En el sector "sala" llega desde el fondo la Madre. Está exaltada, fuera de sí. Se encara a Delmira I y al Padre).

MADRE. — ¡ESO! ¡Hasta la muerte! No hago más que soñar con árboles negros, con grandes lienzos que flotan! ¡Y mi cara, despeinada, tajeada, aparece en los espejos dando alaridos! Yo sé leer los signos oscuros, Delmira. Mirame el cuerpo: ¿viste alguna vez anuncio igual?... ¡Soy toda un griterío pidiendo que se pare el mundo!

ENRIQUE. — *(A Delmira II)*. El mundo no se para, Delmira. Debemos caminarle a compás, y tú estás fija; inmóvil en un sitio por el que pasaste hace muchos años. *(Con firmeza)*. Tú no tenés poder para afrontar el mundo sola. Dejame volver a ser tu marido, darte mi apoyo.

MADRE. — *(A Delmira I)*. No estás preparada para ninguna intemperie. Dejá que tus buenos padres velen por ti.

(Bajan las luces del sector "sala". Delmira I avanza hacia primer plano y queda bajo un foco que la ilumina sólo a ella).

DELMIRA I. — Cierto: me horroriza sacar la mano y palpar el mundo crudo. Ninguna protección mejor, que vivir encerrada en una vitrina. Eso hago yo: me convierto en mi muñeca, paso a ser ella.; la carne de Delmira se vuelve mi porcelana, los ojos de Delmira, mis dos vidrios redondos... Muchas veces Delmira me despedazó: arrojó un brazo acá, una pierna más lejos, el cuerpo flotando en la bañera. Moría yo, su muñeca, para salvarla a ella... Después venía el padre, hombre de ternura, y me reconstruía hasta la próxima vez. Esa fue mi historia. La historia de la muñeca que moría cien veces para salvar a Delmira... Pero ahora no puedo correr más en su ayuda: estoy presa en la vitrina. No puedo despedazar mi cuerpo para salvar el suyo. Ahora está desguarnecida, desollada, y sin techo que la recubra.

ENRIQUE. — *(A Delmira II)*. Estás desollada, Delmira. Sin techo que te recubra. Pero lo mismo me rechazás. Yo te tiendo las manos, pero me topo con un muro. ¿Por qué...? ¿Qué ves en mí?... Mi universo chato de mercader. Este torpe rematador... ¡Qué puede apresar de la vida un coso así, cuando no hace sino rodearla de boletas y consignaciones y certificados y depósitos bancarios y ... Qué áridas deben parecerse mis palabras, al lado de las que debe decirte cada día ese francesito que te acompaña siempre, que es tan de tu raza... Yo soy tu extranjero; tu palurdo, incapaz de un rapto, de un sobrevuelo...

(En el sector "sala", está sentado André delicadamente. Lee un libro, interrumpiéndose por momentos, como para escuchar lo que sigue diciendo Enrique).

ENRIQUE. — Sin embargo te amo, Delmira. No es un amor de mercader, y tú lo sabés. Es un amor que me ha levantado por sobre mí mismo; casi religión, casi delirio santo... Por eso tú has respetado mi desvarío.

DELMIRA II. — Sí, lo he respetado. Porque le vi un aletazo de otra realidad; como el que siento yo, en mí misma, tantas veces.

ENRIQUE. — *(Mirándola con gran intensidad)*. Delmira, quiero mostrarte algo. Puede parecerse grotesco, risible. . .; pero te pido que te apiades.

(Va hasta el fondo, con lentitud. En el sector "sala", Delmira I se vuelve hacia André. Este la mira con refinada sonrisa).

DELMIRA I. — ¿Qué estabas haciendo?

ANDRÉ. — Leía poesía. El libro de Samain, que te prometí. Quiero que te impregnes de él, que le abras todos tus sentidos, toda tu inteligencia.

DELMIRA I. — Cuánto te debo, André. . . Ahora todos me aplauden; hasta me dicen a veces "excelsa", "eximia". . . Pero yo quisiera anunciar a todos los vientos que si soy la que soy, se lo debo a un hermanito, delicado y hondo, que una tarde encontré por milagro en este Montevideo sin horizontes, y que vive tan cerca de mi mundo como de mi casa, él en Colón, yo en Sayago, tan limítrofes aquí, sobre la tierra. . .

(Se sonríen, amistosos. Luego André se pone a leer maravillosamente un poema en francés. Cuando termina, hay una gran emoción entre los dos, que callan).

DELMIRA I. — Pienso que la poesía es eso: temblor, sacudimiento; o no es nada.

(Callan. En el otro sector Enrique vuelve junto a Delmira II. Trae un papel, que despliega, algo tembloroso).

ENRIQUE. — Delmira, por Dios: no te rías. Te he escrito un poema. Un poema de amor. Voy a leértelo. (*Enorme sorpresa en Delmira II*).

(*En el sector "sala", entra la Madre. André le hace una especie de reverencia, siempre delicada, y sale. La Madre trae un aspecto desaliñado, muy de entrecasa. Sin reparar en Delmira I se sienta en una silla, que colocará como frente a un espejo; y allí comienza a retocar su peinado, escarbándose el pelo, batiéndolo violentamente. Delmira I la observa de cerca, sin ningún amor*).

DELMIRA I. — Pronto fijaremos fecha, mamá.

MADRE. — (*Se mira el pelo con minucia*).

DELMIRA I. — Haremos traer la cristalería directamente de París.

MADRE. — (*Se prueba distintas formas de disponer las mechas en su peinado*).

DELMIRA I. — Enrique me dará una lista de sus invitados.

MADRE. — (*Estudia distintos gestos ante el espejo*).

DELMIRA I. — Y la fiesta será en casa, mamá. Una soberana fiesta!

(*La Madre se pone de pie rabiosamente*).

MADRE. — ¡Y tendrás hijos con ese zoquete!...

(*Enrique comienza a leerle su poema a Delmira II. Es espantoso de técnica y por su contenido ingenuamente cursi y de mal gusto. Delmira II, sentada en la cama, escuchará tensa, tirante, sin trasuntar nada. Delmira I, en el otro sector, se tapa los oídos, como torturada. La Madre comienza a burlarse de ella, tratando de que Delmira I no deje de escuchar ni un momento. Por fin sale, siempre burlona. Enrique termina la penosa lectura. Silencio*).

ENRIQUE. — No es necesario que me digas nada. Sé que esto es espantable. Pero quería ofrendártelo aquí, en este sitio, esta misma tarde, que tiene todo el aire de una última vez.

DELMIRA I. — (*Desde el sector "sala"*). Así lo entendí. Creo que te agradezco el gesto. (*Secamente*). Pobre Enrique mío.

ENRIQUE. — (*A Delmira II, entregándole el poema*). Rompelo con tus manos. .. Por favor.

(*Delmira II lo rompe con lentitud, sin mirarlo. Enrique va pausadamente hasta la cama, se tiende sobre ella, se desabrocha la camisa*).

ENRIQUE. — Ahora voy a esperarte aquí, Delmira. Todo lo que sea necesario.

(*Delmira II no se mueve. Enrique enciende un cigarrillo y se pone a fumar, calmo. En el sector "sala" entra el Padre. Observa atentamente a Delmira I, quien no se mueve*).

PADRE. — Delmira, Nena...

DELMIRA II. — (*Sin mirarlo y sin moverse del sector "habitación"*). Papá, papá, ustedes me inculcaron una religión. ¿Qué queda de ella en ti? ¿Se ha devastado toda?

PADRE. — (*A Delmira I*). No, Nena. Queda lo simple. Una sensación de estar regido.

DELMIRA II. — (*Desde "habitación"*). Pero la lucha, papá, la agonía... Eso fue para mí la religión: la pelea por salvar algo de mí.

PADRE. — (*Siempre a Delmira I*). Yo no peleo. Me confío, me entrego mansamente.

DELMIRA I. — Estoy en ruinas, papá. El mundo que ustedes me enseñaron, se carió, se llenó de lepra, caen los pedazos. Si llevo a Dios, lo llevo desmembrado.

PADRE. — (*idem*). Lo llevamos, Delmira. Aunque sea en jirones, en hilachas.

DELMIRA II. — (*Desde "habitación"*). Pero Dios se ha empeñado en cegarme. En mí hay resplandores que no sé explicar. ¿De dónde provienen, si no de El?...

PADRE. — (*A Delmira I*). ¿Qué sabemos, Delmira...? Seamos humildes: debemos limitarnos a respirar, a bogar. Todo lo demás, nos viene por añadidura. Si nos viene.

DELMIRA I. — (*Mirando al vacío con intensidad obsesiva*). Hace días, papá, que tengo una clarividencia de lo que va a pasarme. Me miro a los espejos y me veo envuelta en sábanas de lacre.

DELMIRA II. — Para convencerme de que sólo es una pesadilla de mi mente. . . me desnudo frente al espejo, me voy sacando de a poco cada prenda. . . compruebo, papá, cada aparición de mi piel blanquísima, ¡y es gloriosa esa blancura que va estallando, y que así luce: intacta!

DELMIRA I. — Y me digo: ¡no hay fuerza que pueda mancillarla!... (*Pausa*). Pero otra voz, más sombría, me contesta: "Esa piel sólo alcanzará su esplendor, el día que lleve el tatuaje de una gran pompa estallada..."

DELMIRA II. — (*Con angustia*). A ti te está permitido rezar. Rezá a pesar de todo, papá.

(*Sale el Padre con timidez. Delmira II gira un poco bruscamente en dirección a Enrique, que sigue acostado fumando, y le habla con cierto matiz de insolencia, de desafío*).

DELMIRA II. — Te atormentan los celos, pues. El hombre del balcón y etcétera. ¡Me hacés reír!.. Pero hoy, por ser el día que es, quiero que lo sepas todo. (*Se le acerca un poco*). Tú fumás ahí, calmosamente, pero hubo otro hombre que tú ni sospechaste.

(*Delmira I queda como escuchando lo que se va a decir en el otro sector. Enrique no demuestra ninguna alteración*).

ENRIQUE. — Te conozco ese juego: ahora tratarás de exasperarme, como tantas veces.

DELMIRA I. — (*Desde el sector "sala" con algo de fruición*). ¿Te acordás de aquel escritor que fue testigo de nuestro casamiento?... Un argentino: Manuel Ugarte. (*Enrique no responde. Sigue fumando*). Bastante tiempo antes de nuestro casamiento, quiso conocerme. Admiraba mi poesía...

(*En el sector "sala" aparece Manuel Ugarte. Delmira I se vuelve hacia él; se saludan con cortedad, con cierta emoción*).

DELMIRA II. — (*A Enrique*). Tú aparentás indiferencia, claro; pero conozco bien tu estilo de fumar: algo comienza a removésete dentro. . . Pobre de ti.

(*Se verá conversar a Ugarte y Delmira I con encantamiento, mientras habla Delmira II*).

DELMIRA II. — No te hagas el desentendido. Aquel hombre, como ninguno antes, llegó desde el principio al centro de mí misma. Habló de mi poesía, pero no con el elogio convencional que escucho cada día, "la eximia", "la excelsa", no...

UGARTE. — (*A Delmira I*). No sabría decirle si su poesía es la maravilla que tantos dicen: nunca la juzgué. Fue más simple: se me hizo indispensable, se me volvió oxígeno, me hizo sentir en peligro, me recordó que estaba vivo y que debía hacerme cargo de mí mismo.

DELMIRA II. — (*A Enrique*). Me habló de su infancia, de su desvalimiento. . .

UGARTE. — (*A Delmira I*). Le pido que se burle usted de mi fama. Aparento ser un hombre sólido y presuntuoso y triunfador y acariciado. No lo crea, Delmira. Atraviese mi exterior y verá cómo en el fondo encuentra una criatura sentada al costado del camino, lleno de aprensión ante los sonidos del mundo.

DELMIRA II. — No sé por qué, yo le creí desde el principio. Me le confié, me le entregué.

DELMIRA I. — (*A Ugarte*). Usted me pregunta quién soy, y yo no lo sé. Le diré mi último descubrimiento: que en resumidas cuentas, yo soy una fuerza demente del mundo. Ni nena, ni poetisa, ni mujer, ni bacante. . . Un impulso cósmico de locura sagrada, capaz de ponerse a soplar sobre el mundo hasta extinguirse.

DELMIRA II. — (*A Enrique*). Y él se sonrió; me consideró, sin duda, una niña alocada, algo frívola, con la cabeza revuelta por las lecturas. . .

UGARTE. — (*Siempre a Delmira I*). ¿Cuántas centurias hace que éramos afines, vecinos peligrosos, pero no lo sabíamos?. . .

DELMIRA I. — (*Desde el sector "sala", a Enrique*). Ya hacía años que tú y yo éramos novios; pero ese hombre me dio vuelta todas las cosas. Debo decírtelo hoy: me enamoré de él, sí, sin duda.

ENRIQUE. — Ya estás desvariando. Refrená esa fantasía tuya; ¡que no te gobierne!

DELMIRA I. — (*Dando unos pasos hacia Enrique*). Es la verdad, Enrique. Fui otra desde ese día. E hice lo imposible por despertarle amor. Mis temas, mis miradas. . .

(Enrique, ahora, pone la mayor atención en lo que ocurre en el sector "sala". Allí se ve a Delmira I insinuársele a Ugarte con un juego sutil de miradas, actitudes, gestos. Mientras se produce ese juego, Delmira II le habla a Reyes, casi desafiándolo.

DELMIRA II. —. Lo busqué, sí. Traté de despertar su amor.

ENRIQUE. — No es difícil creerte...

DELMIRA II. — ...pero tuviste suerte: nunca pasamos de unas cartas más o menos encendidas. Aquel hombre me dejó la marca del fracaso, y nunca se me borró.

ENRIQUE. — Estás haciendo un juego para irritarme. ¡Nada de eso es verdad!

DELMIRA II. — Puedo probártelo. Escuchame: ya casada contigo —¿oíste bien?: ya casada contigo— le escribí una carta desesperada. Ahí tengo la copia. (*Va hasta su cartera, la abre, extrae una carta. Se la ofrece a Enrique*). ¿Te atrevés a leerla?... La traje para que tú la conocieras... precisamente hoy.

(Se apaga el sector "sala". Pausa expectante. Enrique vacila. Luego, en un impulso, cede. Le arrebató la carta. Se dispone a leer).

DELMIRA II. — ¡Que no te tiemble la voz!

ENRIQUE. — (*Luego de una vacilación, lee*). "Pienso que todo lo que yo le he dicho y le digo, se podría condensar en dos palabras"... (*La mira con reprobación*). "Dos palabras que pueden ser las más dulces, las más simples, o las más difíciles y dolorosas..." (*Se interrumpe*).

DELMIRA II. — ¡Seguí! No te detengas.

ENRIQUE. — "Piense usted que esas dos palabras que yo pude decirle al otro día de conocerlo, han debido ahogarse en mis labios, ya que no en mi alma. . ." No, no puedo seguir; es inicuo.

DELMIRA II. — Ah no, debés llegar hasta el final. (*Le arrebató la carta y lee ella*). "Yo debí decirle esas palabras; decirle que usted fue el tormento de mi noche de bodas, de mi absurda luna de miel... Lo que yo sufrí el día de mi casamiento no podré decírselo nunca. Mientras me vestían, pregunté no sé cuántas veces si había llegado usted. Cuando entré a la sala como a un sepulcro, mi único consuelo era pensar que lo vería. Y después sufrí, sufrí hasta que me despedí de usted. Y después sufrir más, sufrir lo indecible"...

(Enrique, que ha ido escuchando con indignación y horror crecientes, se arroja sobre ella, descontrolado; forcejean largamente; Delmira II está casi sofocada, a punto de perder el conocimiento. Enrique afloja en el último momento, y Delmira II se deja caer, respirando con dificultad).

ENRIQUE. — (*Espantado*). Qué hice, Dios mío...! (*Reclinándose sobre ella*). Ah, Delmira, cómo pude dañarte así! (*La reincorpora, la estrecha contra sí, la besa con pasión creciente. Delmira II, poco a poco, se abraza a él. Baja la luz de este sector. Se enciende el sector "sala" donde aparece Delmira I sentada, bordando. Entra André*).

ANDRÉ. — ¿Qué hace mi Delmira?

DELMIRA I. — Bordo mi muerte.

ANDRÉ. — ¿Qué estás diciendo?

DELMIRA I. — Eso. A veces siento que yo misma, con esmero, puntada tras puntada, voy fabricando la muerte que elegí para mí.

ANDRÉ. — Todos bordamos nuestra muerte. Sólo que en algunos, el azar, el porque sí, se nos adelanta.

DELMIRA I. — En mi caso no. Sé adonde voy. No permitiré que nada interfiera.

ANDRÉ. — Loca. . . Siempre me hablaste de tu presentimiento, que te acompaña desde niña: un final trágico. . .

DELMIRA I. — ¿Presentimiento?... ¿Por qué no un designio de alguna parte oscura de mí?... Sospecho que llevamos un escultor sombrío, dentro; un tejedor, un bordador, que no se cansa nunca. . .

ANDRÉ. — (*Contemplando el bordado*). Bella labor. . . Siempre esa obsesión tuya por los cisnes. . . Grandes copos blancos, y la flor escarlata del pico, como un rubí indecente. .. (*Pausa*) (*Con cierta indecisión*). ¿Vas a casarte, pues...?

DELMIRA I. — ¿Por qué no? Amo a Enrique, sin duda. Se ha convertido en mi alimento.

ANDRÉ. — ¿Y... el argentino?

DELMIRA I. — (*Deja de bordar un momento. Pausa meditativa*). A veces pienso que aún el amor más sincero es una especie de farsa ante nosotros mismos. . . Es, pero no es. Negro, pero blanco. Pero igual tenemos que entregarnos al amor con la mayor convicción, aunque en el fondo nos sepamos en pleno teatro... ¿Tú has amado, André?

ANDRÉ. — (*Esquivo*). Yo, Delmira...? Tú me ves: tengo una naturaleza frágil y afectiva. ..

DELMIRA I. — Hermanito mío que estás en los aires. .. Tu Delmira se va a convertir en una augusta señora; va a entrar al mundo por primera vez.

ANDRÉ. — (*Con súbito fervor*). ¿Por qué no rompés todas las ataduras? ¡Tú sos tu enemiga principal! ¡Saltá todas las verjas, echá a volar!

DELMIRA I. — (*Con genuina angustia*). Es que estoy atada, ovillada. ¿Cómo se hace para desenredarse?... Enseñámelo tú, que me has guiado en lo principal.

ANDRÉ. — Muy mal te he guiado, Delmira querida... Ya ves: voy a perderte. (*Delmira I lo mira sorprendida. Esquiva luego la mirada. Pausa*). Los seres como yo no debieran estar sobre el mundo. Todo lo sentimos erizado, poblado de asperezas, de puntas que rasguñan a cada paso. ¿Por qué el amor es brutal, Delmira? Bestial, casi.

DELMIRA I. — Es... Yo también, como tú, quisiera quedarme suspendida, sin nada entre manos... como mi muñeca, que está y no está... ¿Qué carta estamos jugando?... (*Silencio*).

ANDRÉ. — Hermanita, quiero decírtelo ahora: me vuelvo a París. (*Delmira I lo mira, tocada*). Sí, sí: dejo al Uruguay para siempre. (*Pausa*).

DELMIRA I. — André, tú...? ¿Y todo lo que construimos?

ANDRÉ. — (*Con severidad*). No fui yo quien lo hizo a un lado. (*Se miran rectamente. Pausa*).

DELMIRA I. — Ayúdame a entenderme, André! Uno puede escarbarse a sí mismo, y bajar capas y más capas; y aparece un ser que llevábamos, y que no sabíamos, y, después otro, y otro más. ¡Estamos poblados, André! Y ninguno de esos seres es uno mismo, y la suma de todos tampoco.

¿Quiénes somos? Es una carga el yo... Me muero de miedo.

(En el sector "habitación", sube la luz lentamente. Enrique y Delmira II reposan distendidos. Enrique fuma con placidez. Baja algo la luz del sector "sala". Desaparece André. Queda Delmira I, atenta).

DELMIRA II. — Nada ha cambiado...: me seguís dando el bien soberano. Dentro de mí había criaturas que yo no conocía, que brotan gracias a tus actos, y que tú, después, alimentás...

ENRIQUE. — Estamos soldados, Delmira. Debemos reconocerlo con sencillez, y acatarlo. *(Pausa meditativa).*

DELMIRA I. — *(Desde el sector "sala")*. Hoy quiero decírtelo todo, Enrique. Hoy, que estamos bajando hasta el fondo. Hay algo de mí que nunca te confesé. Solamente una persona lo sabe.

ENRIQUE. — *(A Delmira II)*. ¿Ese argentino, otra vez...?

DELMIRA II. — No, no. Alguien en quien creí encontrar un padre, un confesor. Te va a sorprender cuando te lo diga. Hablo de Rubén Darío. ¿Te acordás que me entrevisté con él, cuando estuvo de paso en Montevideo? A él le dije la verdad entera, Enrique; la que ahora voy a revelarte también a ti: yo soy una enferma; no soy un ser normal. *(Enrique la mira, impresionado).*

(En el sector "Sala" entra una figura masculina que no se verá claramente. Frente a ella, se sienta con gran timidez Delmira I).

DELMIRA I. — Es la primera vez que voy a hablarle a alguien de mi locura... ¿Por qué? ¡Nadie debió resultar más imponente a mi timidez! ¡Rubén Darío nada menos, en quien veo casi un dios!... La locura, sí: no puedo llamarla de otro modo. *(Dirigiéndose a Rubén Darío)*. Yo no sé si su neurastenia ha alcanzado nunca el grado de la mía. Yo no sé si usted ha mirado la locura cara a cara. No hay, no puede haber, sensación más terrible... Y nos gana un ansia inmensa de pedir socorro contra todo —contra el terrible Yo, antes que nada— a otro espíritu mártir del mismo martirio... Piense usted que ni aún me queda la esperanza de la muerte, porque la imagino llena de horribles vidas... *(Pausa. Bajando la voz)*. A mediados de octubre pienso internar mi demencia en un sanatorio, de donde, bien o mal, saldré en noviembre o diciembre para casarme. Sí...: he resuelto arrojarme al abismo medroso del matrimonio. No sé: tal vez en el fondo, allí me espera la felicidad. ¡La vida es tan rara!

(Pausa larga).

ENRIQUE. — *(A Delmira II)*. ¿Y él... tu dios... supo confortarte?

DELMIRA II. — Apenas algunas frases convencionales, altisonantes...

DARÍO. — Tranquilidad. Tranquilidad. Creer sobre todo en una cosa: el Destino. La voluntad misma no está sino sujeta al Destino. .. Vivir, vivir sobre todo. Y tener la obligación de la alegría, del gozo bueno. Hay una gracia que salva, y ella viene a los señalados.

DELMIRA II: __ Puro palabrerío... *(Con amargura)* Me quedé más sola que nunca.

(Delmira II se levanta y da unos pasos por la habitación, con aire algo extraviado. Se apaga la luz del sector "sala". Delmira II se vuelve dramáticamente hacia Enrique).

DELMIRA II. — Enrique, Enrique mío, quiero que sepas que no fantaseo: padezco, sí, una forma de locura real. O tal vez, simplemente, estoy viva: ¿hay locura mayor?... Tú, como casi todo el mundo, vivís defendido por un cerco de convenciones y normas, que te hacen ver coherencia en todas las cosas... ¡Pero yo no! Yo vivo desollada contra el mundo, sin ninguna pantalla. Yo sé que no rige ningún orden. Pero adivino como una fuerza que nos comanda, un padre ciego, una estatua de lava hirviendo. A veces me transformo en ella; la encarno... Y entonces me vuelvo de otra raza,

de un pueblo cósmico que todavía no existe, pero que ya alienta en mí... No sé si aguantaré mucho más este cuerpo, que me aprieta contra el suelo como una cúpula caída. Te pido que te apiades, Enrique, de esta loca que me desborda...

(Se ilumina con fuerza el sector "sala", que pasa a constituir un ámbito único con "habitación". Pero por medio de la luz, y también de la interpretación, se creará desde ahora —y hasta que se indica— un clima sobremano extraño, algo irreal, desequilibrado, demente. Aparece Delmira I, exultante, hablando con extravío).

DELMIRA I. — Mamá, mamá, por fin!: creí que nunca llegaría la mañana de mi casamiento. Corro a tu cuarto, mamá querida, a despertarte, a abrazarte gritando: "Mamita, la Nena tere mutito a su Enrique!"

(Aparece la Madre, vestida para gran ceremonia).

MADRE. — Nena, Nena! Me parte el alma verte con traje de novia. Tengo una alegría como de catacumbas. Dejame que te recubra de enormes signos de júbilo.

(La Madre despeina a Delmira I, le saca collares y anillos, la mueve maquinalmente como si estuviera manipulando a una muñeca. Delmira I se deja hacer, convertida en un maniquí. Delmira II se dirige hacia la Madre y le habla, refiriéndose al traje de novia).

DELMIRA II. — Es un modelo maravilloso, mamita. Te pido que me lo pongas como sudario el día de mi muerte. *(Se ponen las dos a contemplarlo)*. Hubiera querido más volados aquí. Pero tú pediste discreción: siempre tan sabia, mamá; no sabés cuánto te agradezco tu maestría para enseñarme a vivir.

MADRE. — *(Toma de un brazo a Delmira II y la lleva aparte, con gesto algo aparatoso, truculento)*. Tú, yo, tu padre. El cuerpo se nos descascarará rápidamente. Pero nos iremos los tres a un parque solitario, nos tenderemos sobre el césped, y allí nos dejaremos morir tocándonos unos a otros. *(Quedan en aparte)*.

DELMIRA I. — *(Sin moverse de su actitud de maniquí)*. ¡Enrique, Enrique! Mi cuerpo puede estallar en cualquier momento!

(Enrique se levanta rápidamente de la cama y va hacia ella, ganado también por la atmósfera de extravío).

ENRIQUE. — *(Abrazando a Delmira I, que seguirá en actitud de muñeca)*. Por fin, por fin! Nuestra primera noche. ¡Cómo nos devoraba la impaciencia! ¡Vamos! Hoy comienza la historia del mundo.

(La levanta en brazos y la lleva hacia el sector "habitación". Con enorme ternura y miramiento la deposita sobre las sábanas. Se queda contemplándola encantado, de pie, unos momentos. La Madre y Delmira II se alejan de donde estaban, como asustadas. Entra el Padre, que se les suma, y quedan los tres contemplando la escena tremendamente tensos).

ENRIQUE. — Fragilidad adorable... Porcelana a quebrarse... Delmira, Nena, te pido que me mires como a un padre bienhechor.

MADRE. — *(Yendo súbitamente hacia Enrique)*. Señor Don Fulano de Tal, oriental, soltero, do 32 años, profesión rematador. *(Lo agarra de los hombros, y lo lleva aparte)*. El tema es delicado, pero tenga paciencia. Quiero decirle algo. La Nena no está preparada para ningún horror. *(Le dice*

algo al oído, aparatosamente).

ENRIQUE. — *(Apartándose horrorizado, corre hacia Delmira II).* ¡Delmira, Delmira, ella quiere separarnos! No sabés las instrucciones que acaba de darme. No. debés oírla. *(Casi solloza).*

PADRE. — Muy señor mío: no parece usted justo. Le hemos entregado nuestra Niña sin una palabra de reserva. Desde ahora, ella pasa a ser su cepillo, su navaja de afeitar. Le aconsejo que todas las noches, después de cenar, le pida a Delmira que toque un poco de Chopin al piano. Nena, ¿por qué no tocás un poco de Chopin al piano?

DELMIRA II. — *(Con exagerada sumisión).* Con todo gusto, papá. *(Se oirán temas de Chopin, pero dentro del clima de delirio general).*

PADRE. — *(Yendo hacia Enrique, absurdamente paternal).* Entonces usted, hijito mío, *(lo lleva hasta un sillón)*, se pone confortable, ¿fuma usted?, no estaría mal: el Chopin de Delmira combina al pelo con un buen puro. Y entonces... comienza, amiguito, la vida diaria. Todo ordenadito y puntual, así que sea usted muy feliz, verá que Delmira es una sirvientita modelo. *(Llamando).* ¡Delmira! Ven a atender al señor rematador.

(Delmira I se incorpora de la cama y va hacia Enrique. El Padre y la Madre observan la escena con encantamiento absurdo. Chopin se distorsiona descabelladamente).

DELMIRA I. — Sí, mi adorado Enrique. Aquí tenés a tu cepillo o tu navaja de afeitar. Comienza la vida verdadera para mí, la poetisa magna. Encerraré a Eros en un frasquito, que colocaré sobre la mesa de luz.

ENRIQUE. — *(Poniéndose de pie, impaciente).* Absurdo, Delmira, absurdo! ¿Qué somos, en definitiva? ¡Mucho más que marido y mujer! Lo masculino y lo femenino, la tierra y el agua, negro pero blanco.

PADRE. — ¡Bien dicho, hijo político! El amor, en suma.

MADRE. — ¡Qué disparate! El amor no existe en Montevideo. *(Solemne).* Hija, te dejamos en sus manos. Algún día, cuando yo te dé la orden, te pondrás a poblar a este Uruguay con un buen contingente de poetisas y rematadores! Buenas noches.

(Salen Padre y Madre con gran solemnidad. Prosigue el clima demencial. Delmira I y Enrique comienzan una larga secuencia de actos varios, que realizarán sin decir palabra, y a los que se sumará enseguida Delmira II. Son actos mecánicos, sin objeto, que muestran un mecanismo rutinario y sin sentido, cumplido de un modo maquinal, soso, desvaídamente, y que no conduce a nada. Mientras se está cumpliendo ese juego, aparece André, también tocado por el aire de extravío reinante. Se encara con Enrique, y mientras ambos dialogan, las dos Delmiras seguirán las operaciones indicadas, completamente ajenas a lo que dialogan los dos hombres).

ANDRÉ. — ¿Se limpió bien los cascos, señor, antes de tocar a Delmira?

ENRIQUE. — ¡Miren a la mariposita!.. . ¿Cómo pudiste pensar que Delmira podría alguna vez reparar en tí, abaniquito, organdí?...

ANDRÉ. — Aquí le traigo mi regalo de bodas: un escobillón y una pala para juntar los desechos que usted, creyendo estar como de costumbre en su establo, desparramará sin duda sobre el piso.

ENRIQUE. — ¡Niña graciosa! Tú lees buena poesía, cierto; pero en cuanto a las raíces de Delmira, ¡yo poseo todas sus llaves!

ANDRÉ. — Las llaves sólo sirven para cerrar puertas; pero quedan cien mil ventanas abiertas. La poesía. . . y el amor salen siempre por las ventanas, rematador querido. Las puertas quedan para los mucamos.

ENRIQUE. — ¿Pero te has fijado, farolito fémica, qué pocas cosas diferencian al mucamo del

señor?

ANDRÉ. — Una sola: la cuna... "apenas". Mi estimado palafrenero.

ENRIQUE. — No verás nunca más a Delmira, ¿sabés, princesita?

ANDRÉ. — Sé. Pero es una decisión de los dioses; no de los cabreros. Sin embargo no se ilusione, Enrique: yo le he dejado a Delmira mil resquicios por los que sabrá escaparse siempre.

ENRIQUE. — Pero jamás para ir a tu encuentro, plumita francesa.

ANDRÉ. — Cada vez que Delmira se sustraiga a su influjo, peón, hortelano, ella estará conmigo. Porque yo soy... todas las cosas, mi querido quesero.

ENRIQUE. — *(Amenazador)*. Ahora mismo soplaré sobre ti, y tú te disiparás para siempre.

ANDRÉ. — *(Haciendo una reverencia burlona)*. Observe a Delmira. Ya no es la misma de los primeros días de casados: desde este momento, la verá tiznarse de negro la cara, convertirse su cuerpo en un vidrio ahumado, inmovilizarse como mica. .. Adiós: la obra de mis dioses está en marcha... *(Sale ágil)*.

(Enrique, azorado, va hasta las dos Delmiras y las observa de al lado, con minucia, cada vez más inquieto).

ENRIQUE. — *(Yendo de una a otra)*. Cierto... Algo ha cambiado en ti. Te miro y parece que tuvieras la cara tiznada de negro. Tu piel es del color del vidrio ahumado, inmóvil como de mica... ¡Habla, Delmira! ¡Tú sos mi esposa legal!

DELMIRA II. — *(Con ira)*. Tu esposa legal, tu mueble legal, tu manta legal, tu hebilla legal, tu hisopo legal, tu betún legal, tu pomo legal.

DELMIRA I. — *(Simula colgarle a Enrique adornos en el cuello)*. Te preparo, Enrique, para incontables ceremonias que vienen. En las que se bendice el hastío, la quietud consentida.

DELMIRA II. — *(A Enrique, con acentuada naturalidad casera)*. Querido: aquí tienes tus boletas de adquisición y los certificados de nuestro café con leche mañanero con el 5 % de comisión para dos tostadas calentitas en consignación mientras la mermelada de naranja a fojas 8 vuelta y la manteca untada sobre la nómina de mercaderías pues la tetera de porcelana como en subasta pública qué bueno desayunarnos juntos almidonados y en formularios.

DELMIRA I. — Huéleme, Enrique. Huéleme, marido. Huéleme, rematador. Olor a almohadilla agria aquí o allí, en el armario, en el canasto de la ropa, en los tachos recién usados.

DELMIRA II. — La cara se me reseca, se me apergamina, se me alcachofa, se me basilisca, se me cacarea.

DELMIRA I. — Estoy colgada del techo con las dos manos y la frente clavadas.

ENRIQUE. — *(Corre desatinadamente de un lado a otro)* ¡Delmira, Delmira! ¡Naufragio a medianoche, hundimiento, maremoto, desplomamiento, resequedad! Me empozaré. Acabo. Cierro persianas. *(Se acuclilla y sepulta la cabeza entre las rodillas)*.

DELMIRA I. — Cesen todos los sonidos! Me amuro. Me vuelvo árbol. *(Se queda rígida como una estatua)*.

ENRIQUE. — *(Gritando de súbito con desesperación)*. ¡Delmira, Delmira, por qué me has abandonado!

(Apagón breve. Desde ahora, cesa el clima demencial, tanto en la iluminación como en el estilo interpretativo. Se enciende lentamente el sector "habitación". Ahora es Delmira I la que está allí, sentada en la cama. Enrique a su lado. Delmira II entra en el sector "sala").

DELMIRA II. — ¡Mamá, mamita! Terminó mi matrimonio. No puedo soportar tanta vulgaridad.

(Aparece la Madre. Mira un momento en silencio a Delmira II; luego va hasta ella y la besa

en la frente).

MADRE. — Bien. No te diré una palabra. Aquí tenés tu casa, tus padres, tus muñecas, tus libros. Apenas un mes y veinte días de casados. . . ¿Y él?

DELMIRA II. — Entenderá. Aceptará. *(Pausa sombría)*. Empiezo a sospechar que. . . que no estoy hecha para la vida. Que soy un engendro; apenas una posibilidad, pero no puedo pasar de ahí.

MADRE. — Tonta. . . Aquí, entre nosotros, volverás a fructificar.

DELMIRA II. — Enrique no es vulgar ¿sabés? La vida que fabricaron los hombres sí. Y yo no soy capaz de saltar hacia ella. Por eso escribo poesía, tal vez; pero preferiría no escribir ni una línea, y en cambio sumirme en la vida tal como ella es, más allá del hombre, en toda su rareza enloquecedora. . . Pero no soy capaz. Por eso quiero quedarme encerrada en mi vitrina, volverme mi muñeca otra vez.

MADRE. — Nena, papá y yo no te dejaremos escuchar más los sonidos de fuera.

DELMIRA II. — Eso: quisiera llenar todas las habitaciones con cortinados espesos. *(Pausa)*.

MADRE. — Pero él, él, ¿qué hará él? Hay que esperar su acometida. ¿Estás dispuesta a resistirlo? ¿a negarte siempre?... Nosotros sabremos mantenerte a salvo. Haremos un viaje si es preciso. Hay que evitar el menor contacto con ese hombre.

DELMIRA II. — *(Absorta)*. Ya me he resignado a ser de por vida... no sé qué. Una mujer, de un modo que yo misma no entiendo; un ser humano, pero no sé con qué objeto; un algo viviente que estará ahí, flotando, pero sin norte ninguno.

MADRE. — Hija... *(Sonríe)*. Andá, cambiate rápido. Mirá bien la casa: no ha cambiado nada. Allí, en su mismo rincón, te está esperando tu muñeca. Andá a darle un abrazo.

(Hace un gesto cariñoso y sale. Delmira II queda mirando hacia el rincón indicado, con emoción. Va hasta allí, recoge a la muñeca con ternura, viene con ella hacia primer plano. La estrecha con enorme cariño contra sí. Pero de golpe la muñeca se le desarma entre los brazos: caen un brazo, una pierna, rueda la cabeza. Delmira II queda aterrorizada. En el sector "habitación", Delmira I está sentada en la cama, apesadumbrada. Enrique le habla con aspereza).

ENRIQUE. — Es tu madre, ¡bien lo sé!, la que no te deja volver a mí.

DELMIRA I. — No, no es mi madre. Soy yo misma. Me empezó a trabajar una fuerza absurda, que primero me mandó apartarme de ti; después volver a verte, una, diez veces; pero esa fuerza no me permite volver a ser tu esposa.

ENRIQUE. — ¡Vernos clandestinamente! ¡nosotros, marido y mujer! Como dos adúlteros... No debí consentirlo. Pero te hice caso. Terminé alquilando esta pieza para encontrarnos a escondidas... ¡Qué iluso!: esperaba, así, reconquistarte. *(Yendo con furia hacia ella)*. Pero quiero que me lo expliques: ¿por qué me pediste estos encuentros? ¡Si estabas resuelta a no volver a mí?!

(En el otro sector, Delmira II separa de sí a la muñeca mutilada, levanta en alto el tronco, lo contempla un momento, vuelve a bajarlo, lo arroja a un costado).

DELMIRA II. — Ya no tengo lugar acá. ¡En ninguna parte! ¡Por Dios!, un madero que me sostenga en medio de este hundimiento. *(Parece indecisa. Luego va hasta una mesita próxima, toma lapicera y papel, se pone a escribir febrilmente)*. "Enrique... Enrique mío... te pido por favor que me dejes verte una vez más a solas..."

(Queda escribiendo).

DELMIRA I. — *(A Enrique, muy dolida)*. Pero tú no entendiste mi súplica. ¿Qué me brindaste?: otra vez una red espesa de normas, de temores, de hipocresías. Lo que tú llamas "el mundo", "lo

normal"; ¡pero eso es lo que yo rechazo, Enrique, lo que me falsifica!

ENRIQUE. — Tú sabés que soy un hombre simple, Delmira. ¡No podemos ponernos fuera del hombre, contra los hombres!

DELMIRA II. — *(Desde "sala", interrumpiendo su escritura y volviéndose hacia Enrique)*. ¡Podemos! ¡Contra los hombres; a favor de la vida! ¿No te das cuenta que son cosas contrarias? Y si el hombre es imposible, pues entonces ¡a salvarnos fuera del hombre, a sumergirnos en la vida cruda, que es extranjera, aunque no nos quede de lo humano ni un rastro!

(En el sector "sala" por detrás de Delmira II aparece el Padre. Trae aire grave. Habla con reconvención).

PADRE. — ¿Qué estás buscando con esos encuentros semanales? No es razonable, Delmira. ¿Por qué esta situación ambigua? ¿Te proponés rehacer tu matrimonio?

DELMIRA II. — Imposible, papá.

PADRE. — ¿Entonces vas a seguir eternamente en situación de amante? Es indecoroso, Delmira. ¡Debés dejar de verlo!

DELMIRA II. — *(Con voz muy baja)*. Eso también es imposible, papá.

PADRE. — *(Con indignación)*. Delmira, hay situaciones que van más allá de lo permisible. Tu marido es un hombre serio, de honor, ¡no admitirá ambigüedades!

DELMIRA II. — *(ídem)*. No, no admitirá... *(Pausa)*.

PADRE. — No te entiendo, Delmira. ¡Parece que quisieras desafiarlo todo, contrariar todas las leyes de la cordura!

DELMIRA II. — *(Con sencillez)*. Me da vergüenza la cordura, papá. Es una traición.

PADRE. — El está alterado. Ha proferido amenazas. Es un hombre resuelto, lleno de dignidad, te ama con locura: ¿no comprendes el peligro que hay en todo esto?

DELMIRA I. — *(Desde el sector "habitación", al Padre)*. El divorcio ya toca a su fin. ¿No era eso lo que querías, papá?

PADRE. — *(A Delmira II)*. Pero se siguen viendo como dos amantes... ¡Vas a terminar con la razón de ese hombre!

DELMIRA I. — *(Desde "Habitación", como para sí)*. Tal vez... Si él perdiera la razón, puede que entonces, recién entonces...

PADRE. — *(Estallando, a Delmira II)*. ¡Basta, Delmira! Tenés que gobernar esa fantasía infantil. Debés situarte en este mundo. No sacarlo de sus carriles.

DELMIRA II. — ¡El mundo! No tenemos nada que ver. Le saco la lengua. *(Bajando la voz)*. El hombre no funciona, no. Hay que pensar... en otra estirpe... más alta... sublimemente loca... Lo humano no alcanza, de eso estoy segura.

PADRE. — Delmira, Nena, prométeme que no volverás a ver a ese hombre. Haremos un viaje largo: París, Italia entera...

DELMIRA II. — *(Cortante)*. Leé esta esquila que le escribo. *(Se la pasa)*. Le pido por favor otro encuentro. Y escuchame, papá: si me lo niega, podría morirme.

(Se apaga lentamente el sector "sala". Enrique se enfrenta a Delmira I con consternación).

ENRIQUE. — Ya no me reconozco. Mis actos se van volviendo mecánicos, resacos de toda intención. Mis amigos, mis compañeros, tratan de adivinar qué va ocurriendo dentro de mi mente. Y mi mente está suelta. Funcionando sola, porque sí. *(Con dolor)*. Entonces un único designio que veamos claro, se vuelve un sol desmesurado, incandescente, cada vez más enceguedor... Y como no hay nada que lo contrarreste, acabamos por no ver otra cosa... y empezamos a quemarnos en ese sol, Delmira, irresistiblemente...

DELMIRA I. — *(Mirándolo atentamente)*. Así es, Enrique... *(Pausa)*.

ENRIQUE. — Voy marchando hacia ese sol, paso a paso...; y en ese sol estamos tú y yo, unidos, asándonos, calcinándonos, pero juntos...

(Delmira I va hacia él y le acaricia con ternura la cabeza. Enrique se estrecha fuertemente contra su cuerpo, se pone a sollozar. Pausa. Luego, en un súbito arranque, se aparta de ella con hostilidad algo extraviada).

ENRIQUE. — Ese hombre, qué vergüenza.. ! El que recibís en tu balcón. ¿Y por qué igual me llamás, me mandás esquelas? "Enrique, Enrique mío," y te me entregás con más ardor que antes.

(Se sienta, desesperado, en la cama. Delmira I va hasta él, queda de pie a su lado, le acaricia el pelo suavemente).

DELMIRA I. — Todo es la misma cosa, Enrique. Tú, yo también: pura apariencia,. Juegos.

ENRIQUE.- Dios, Dios mío, ¿qué puedo hacer?

(La rodea con sus brazos. Ella quedará inmóvil, muda. Permanecerán así, mientras se enciende la luz del sector "sala". Delmira II y André; éste con abrigo y sombrero en mano).

ANDRÉ. — Vengo a decirte adiós, Delmira.

DELMIRA II. — Ya lo sé. Todo me abandona.

ANDRÉ. — Me embarco esta tarde. Lloré mucho al dejar mi casa de Colón, mi parque, mis árboles... Antes de ir al puerto, caminaré por el Centro sin apuro. Nuestras calles, nuestras plazas, por última vez... *(Pausa emocionada)*.

DELMIRA I. — *(Desde el sector "habitación" le habla a André, sin mirarlo)*. Quisiera preguntarte. . . : tú viniste a cumplir en mi vida alguna misión oculta ¿verdad? ¿A qué jugabas en mi mundo? ¿a qué ajedrez sutil?

ANDRÉ. — *(A Delmira II)*. Cosa de magia, Delmira. Debemos resignarnos a servir a la magia, sin preguntar nada. *(Pausa)*. Ojalá encuentres tu camino. Pronto terminarás tu divorcio y...

DELMIRA II. — No tengo camino si no es con Enrique.

ANDRÉ. — *(Sorprendido)*. ¿Volverás, entonces, a él...?

DELMIRA II. — No, no volveré. *(Pausa)*.

ANDRÉ. — *(Como con temor)*. Ugarte... fue tu amor verdadero... ¿no es cierto?

DELMIRA I. — *(Desde el sector "habitación")*. Tendría que contestarte que sí...; pero algo en mí se echa a reír...! Y me digo: "Delmira, él fue sólo un instrumento que tú misma te creaste para vivir esa experiencia que otros llaman amor, pero que..."

DELMIRA II. — Todo es simulacro, André. Tal vez no me sacudió Ugarte, realmente. Tal vez sólo Enrique me sacudió a pesar de mí misma; o tal vez no me sacudió para nada, sólo que... O tal vez... o tal vez... o tal vez... A lo mejor no viví jamás, André; y mi poesía fue el ademán desesperado de alguien que tiene que conformarse con transmitir sólo gestos bien imitados. ..

ANDRÉ. — Mi Delmira dramática, compleja... Voy a extrañar tus tormentos, que eran míos...

DELMIRA II. — *(Se toman las manos)*. ¿Cuándo llegarás a París?

ANDRÉ. — Debo pasar unos días en Cherburgo, otros en Nantes. Dentro de un mes y medio, calculo...

DELMIRA II. — *(Sombría)*. Un mes y medio...

ANDRÉ. — ¿Por qué esa tristeza desde hace tantos días...?

DELMIRA II. — Aulla el viento sin parar. *(Pausa emotiva)*. Quiero que te lleves algo mío. *(Mira a su alrededor, recoge el brazo de la muñeca, se lo entrega)*. Una esquirla de mí misma.

Cuando llegues a tu casa en París, pondrás este brazo cerca del lugar donde tú trabajes, y cada día dirás en voz baja "Delmira, Delmira"... No faltes ni un solo día a esa cita conmigo.

ANDRÉ. — Ni un solo día. Adiós, Delmira mía. La vida nos confunde, lo despista todo. . . ¡pero era hermoso su laberinto contigo!

DELMIRA I. — (*Desde "habitación"*). Era, André. Bendito sea ese laberinto donde nos perdimos.

(*André y Delmira II se echan uno en brazos del otro, con enorme efusión. Luego se separan en silencio, y André sale rápidamente sin decir palabra. Se apagan lentamente las luces del sector "sala". En el sector "habitación", Enrique y Delmira I siguen abrazados*).

DELMIRA I. — (*Subrayando frialdad*). Ya no tenemos nada que hacer aquí. (*Queda absorta un momento*). Te pido que me beses. Quiero saber qué guardás todavía para mí.

(*Enrique la besa, al principio con una especie de timidez, pero luego cada vez con mayor ardor. De pronto, Delmira I se separa de Enrique con cierta brusquedad*).

DELMIRA I. — Ya no tengo nada fértil para darte.

ENRIQUE. — (*Yendo con vehemencia hacia ella*). Delmira, te lo grito por última vez: ¡vamos a reconstituir lo que tuvimos!

DELMIRA I. — (*Apartándose*). Eso es imposible.

ENRIQUE. — Te advierto que ésta es la última tarde que pasamos juntos.

DELMIRA I. — Demasiado lo sé.

ENRIQUE. — Contestame, entonces. (*Expectativa*).

DELMIRA I. — De algún modo te amo, Enrique. Pero no volveré a ti.

ENRIQUE. — (*Atormentado*). Estás tratando de confundirme. "Te amo, pero digo no". Blanco pero negro. ¿Qué estás haciendo de mí, Delmira?

DELMIRA I. — Te amo, te amo; o no te amo, no te amo. Pero en ninguno de los dos casos hay regreso.

ENRIQUE. — (*Sombrío, amenazador*). Te lo aviso, Delmira: no acepto que quedes libre. Es un juramento que me hice a mí mismo.

DELMIRA I. — (*Mirándolo muy a fondo*). También lo sé, Enrique. Pero debes estar muy seguro: no soy de quedarme sola.

ENRIQUE. — Cuidado, Delmira. ¡No permitiré que nadie se acerque a ti!

DELMIRA I. — Tú sabés qué clase de temperamento es el mío. (*Luego de una pausa casi desafiante*). No me verás más. Ahora mismo voy a arreglarme. Me sentaré en la cama, de espaldas a ti.

(*Va lentamente hasta la cama, y se sienta de espaldas al público. Comienza a arreglarse con lentitud, contemplada por Enrique, que está tirante. Se enciende el sector "sala". Se ve al Padre y la Madre de Delmira, sentados gravemente. Delmira II está terminando de retocar su peinado. Clima muy dramático*).

MADRE. — ¿Vas a salir, entonces?

DELMIRA II. — Sí, mamá. Te pido que le cures la oreja al gato. Hace un momento llegó sangrando. Y tú, papá, ¿sabés que la muñeca que acababas de arreglar cayó hacia otro costado dentro de la vitrina?

PADRE. — (*Angustiado*). Nena, querida, me ofrezco a acompañarte. La tarde está inclemente y...

MADRE. — El invierno se arremolinará en tus faldas, no te dejará caminar...

DELMIRA II. — No se preocupen, por favor. Iré sola. (*Los mira a la cara a los dos*). Hoy quedará todo arreglado.

PADRE. — Dios lo quiera.

MADRE. — Maldito sea el día que conociste a ese hombre.

DELMIRA II. — Bendito sea. (*Va hasta su sombrero y abrigo, que quedaron en un respaldo desde el comienzo de la obra. Se los alcanza al Padre*). Ayúdame, papá.

(El Padre, con gran gravedad, le ayuda a colocarse el tapado.

Simultáneamente, en el sector "habitación", Enrique ha tomado el envoltorio que tenía al principio de la pieza, y comienza a desdoblar con lentitud el pañuelo. Aparece, reluciente, el revólver.

Delmira II, en el sector "sala", termina de ponerse el abrigo. Ahora se coloca con cuidado el sombrero.

Enrique inspecciona brevemente el arma.

Delmira II se vuelve, ya pronta, hacia sus padres.

Enrique, revólver en mano, da unos pasos en dirección a Delmira I.

Delmira II besa a su Madre, luego se abraza con emoción al Padre..

Delmira I, sin volverse, siempre sentada de espaldas en la cama, deja de arreglarse y queda suspensa.

Delmira II termina de componer su figura, y avanza hacia primer plano con lentitud solemne.

Delmira I se incorpora de la cama y va también hacia primer plano.

Enrique avanza del mismo modo.

Los tres se han situado de frente al público, y quedan inmóviles.

Comienzan a bajar las luces en los dos sectores. Queda sólo iluminado el primer plano con las tres figuras.

Los tres comienzan a mirar al público con intensísima fijeza.

De pronto suenan dos tiros fortísimos).

ENRIQUE. — (*En un quejido*). Delmira!... Delmira...

(Silencio. Luego otro tiro más. Ninguno de los tres ha movido un músculo. Miran al público de un modo angustioso, casi inquisitivo, perturbador. Las luces bajan del todo, con lentitud).